

Las alegres aventuras de **Robin Hood**

Howard Pyle



TUS LIBROS
SELECCIÓN

ANAYA

Título original:
The Merry Adventures of Robin Hood, 1883

© De la traducción: Juan Manuel Ibeas, 1989
© De la presentación y apéndice: Vicente Muñoz Puelles, 2017
© De la ilustración: Enrique Flores, 2017
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño y cubierta: Gerardo Domínguez
Retrato de autor: Enrique Flores

Primera edición, septiembre 2017

ISBN: 978-84-698-3359-9
Depósito legal: M. 20879/2017
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Las alegres aventuras de Robin Hood



Howard Pyle

*Traducción y notas:
Juan Manuel Ibeas*

*Presentación y apéndice:
Vicente Muñoz Puelles*

*Ilustración:
Enrique Flores*

ANAYA

PRESENTACIÓN

HOWARD PYLE

Howard Pyle nació en 1853 en Wilmington, Delaware, Estados Unidos. En la Liga de Estudiantes de Arte de Nueva York, donde se inscribió, llamó pronto la atención de los profesores por sus dibujos a la línea, inspirados en la obra de Alberto Durero (1471-1528). Empezó a publicar en revistas como Scribner's Monthly y Harper's Weekly, colaboró en varios libros y se convirtió en ilustrador profesional.

En 1881, se casó con la cantante Anne Poole, con quien tuvo siete hijos. La paternidad le llevó a escribir relatos para niños y jóvenes, tanto originales como adaptados de obras ajenas, y a ilustrarlos. Algunas de sus ilustraciones figuran entre las más alabadas del cambio de siglo y son características del modernismo o Art Nouveau.

Cabe destacar, por su vivacidad y su rigor histórico, Las alegres aventuras de Robin Hood (1883), que mereció la atención del inglés William Morris (1834-1896), fundador de un movimiento artístico, Arts and Crafts, que se ocupaba de la recuperación de las artes y oficios medievales, renegando de las nacientes formas de producción en masa.

En 1889 Pyle y su esposa hicieron un viaje a Jamaica. En su ausencia, su hijo Sellers murió inesperadamente. Esa pérdida inspiró un libro infantil, El jardín tras la luna, que trata sobre la muerte.

Entre 1894 y 1900 enseñó ilustración en un instituto. Luego creó su propia escuela en Wilmington, donde impartía clases especializadas a unos pocos estudiantes. Era un artista con una inclinación natural hacia el pequeño formato, un virtuoso de la tinta y la plumilla, pero en 1906, empezó a interesarse por la pintura mural y ejecutó obras de gran tamaño, entre ellas, La batalla de Nashville, para el capitolio Saint Paul, en el estado de Minnesota.

Para su Libro de los piratas creó un estilo de ropa extravagante, que incorporaba elementos de la ropa gitana y que influyó poderosa-



mente en el diseño de los disfraces para piratas de películas muy diversas, desde las protagonizadas por Errol Flynn en los años treinta a las más recientes, protagonizadas por Johnny Depp.

En 1910 Pyle y su familia fueron a Italia, con la intención de estudiar a los antiguos maestros. Un año después, le acometió una infección renal y falleció en Florencia, a la temprana edad de 58 años.

La leyenda de Robin Hood, el héroe bandido, se inició hace más de setecientos años. El personaje, si es que existió, debió vivir antes. Su fama se propagó al principio en forma de baladas medievales, como Robin Hood y el monje, escrita hacia 1450, o la Gesta de Robyn Hode, que data de finales del siglo XIV o principios del XV. En estas antiguas baladas, el relato es casi siempre violento, incluso cruel. Más tarde, a finales del siglo XV y principios del XVI, Robin se nos presenta como un personaje más templado, amigo de los campesinos y artesanos del pueblo, más orgulloso de sus relaciones sociales que de sus hazañas como salteador de caminos. Es como si se hubiese querido atemperar la ferocidad del proscrito, para darle un contenido social y político.

La pasión por la leyenda de Robin Hood nunca decayó en el Reino Unido. Durante mucho tiempo siguió inspirando baladas, canciones y obras escénicas. Incluso sirvió de modelo a bandidos y salteadores auténticos.

Robin Hood aparece en la historia del cine casi desde sus orígenes. Las versiones principales son Robin de los bosques (1922), dirigida por Allan Dwan y protagonizada por Douglas Fairbanks; Robin de los bosques (1938), dirigida por Michael Curtiz y protagonizada por Errol Flynn; Robin y Marian (1976), dirigida por Richard Lester y protagonizada por Sean Connery y Audrey Hepburn; Robin Hood, príncipe de los ladrones (1991), de Kevin Reynolds, protagonizada por Kevin Costner, y Robin Hood (2010), de Ridley Scott, protagonizada por Russell Crowe.

Vicente MUÑOZ PUELLES

PREFACIO

Del autor al lector

Tú, que te encuentras tan inmerso en asuntos serios que no te atreves a concederte unos breves momentos de regocijo en la tierra de la Fantasía; tú, que piensas que la vida no tiene nada que ver con la risa inocente e inofensiva; estas páginas no son para ti. Cierra el libro y no sigas adelante, pues te advierto sin rodeos que, si sigues, te escandalizarás al ver personajes muy serios de la historia ataviados con tan alegres colores que no podrías reconocerlos de no ser por el nombre. Tenemos un sujeto fuerte y robusto, con un carácter irritable aunque no mala persona, que atiende al nombre de Enrique II¹. Tenemos una bella y gentil dama ante la que todos se inclinan, y a la que llaman reina Leonor². Tenemos un bribón gordo, vestido con ricos atuendos clericales, a quien todos llaman Su Eminencia el Obispo de Hereford. Tenemos un individuo de mal carácter y siniestra catadura, que ocupa el respetable cargo de *sheriff*³ de Nottingham. Y, sobre todo, tenemos un tipo alto y jovial que recorre los bosques, participa en las fiestas y se sienta junto al *sheriff* en un banquete, y que lleva el mismo nombre que el más ilustre de los Plantagenet: Ricardo

Catadura: Aspecto, semblante.

¹ Enrique II Plantagenet (1133-1189). Rey de Inglaterra (1154-1189), duque de Normandía (1150) y conde de Anjou (1151). Casado con Leonor de Aquitania, heredó sus bienes. Sometió Escocia e Irlanda e hizo asesinar a Thomas Becket.

² Leonor de Aquitania (1137-1204). Duquesa de Aquitania y reina consorte de Francia e Inglaterra. Fue reina de Francia (1137-1152) por su matrimonio con Luis VII de Francia (1120-1180), con quien participó en la segunda cruzada, y luego de Inglaterra (1154-1189) al casarse con Enrique II Plantagenet.

³ En la Edad Media, era una especie de gobernador dependiente de la Corona.



Buhonero:
Vendedor de
baratijas.

Corazón de León⁴. Y junto a ellos hay toda una tropa de caballeros, sacerdotes, nobles, burgueses, campesinos, pajes, damas, muchachas, señores, buhoneros y muchos más, todos los cuales viven la más alegre de las vidas alegres, teniendo como único lazo de conexión las estrofas de algunas viejas baladas (fragmentadas y recombina-
nadas de infinitas maneras) que estos festivos personajes entonan en cuanto tienen ocasión.

Aquí encontrarás cientos de lugares serios y aburridos, engalanados con flores y toda clase de adornos, tan disfrazados que nadie podría reconocerlos. Y un país con un nombre muy famoso, en el que no existen nieblas heladas que opriman el espíritu, y donde la lluvia es tan suave que se desliza sobre la espalda como la lluvia de abril sobre el lomo de un pato; donde las plantas florecen durante todo el año y los pájaros cantan sin cesar; donde todo el mundo tiene encuentros felices por el camino y donde la cerveza y el vino (que nunca llegan a ofuscar el entendimiento) fluyen como el agua en un arroyo.

Este país no es el país de las Hadas. ¿Cuál es, entonces? Es la Tierra de la Fantasía, y pertenece a esa clase que, cuando te canses de ella, ¡zas!, cierras las hojas del libro y desaparece, dejándote dispuesto para la vida cotidiana y sin haber sufrido ningún daño.

Y ahora me dispongo a levantar el telón que nos separa de la Tierra de Nadie. ¿Vienes conmigo, amable lector? Gracias. Dame la mano.

⁴ Ricardo I (1157-1199). Rey de Inglaterra (1189-1199). Hijo y sucesor de Enrique II. Al fallecer su padre, Ricardo heredó el trono por haber muerto sus dos hermanos mayores. Tomó parte en la tercera cruzada (1190-1192). Al regresar a Inglaterra, recobró el trono que había usurpado su hermano Juan Sin Tierra.

PRÓLOGO

Donde se habla de Robin Hood y su aventura con los guarda-bosques del rey. También se relata cómo reunió su banda, y la famosa aventura en la que conoció a su mano derecha, el célebre Pequeño John.

En la alegre Inglaterra de los viejos tiempos, cuando el buen rey Enrique II gobernaba el país, en la espesura del bosque de Sherwood¹, cerca de la ciudad de Nottingham, vivía un famoso forajido llamado Robin Hood. Jamás vivió arquero capaz de disparar una flecha emplumada tan certeramente como él, y jamás existieron hombres como los ciento cuarenta granujas que recorrían con él la floresta. Llevaban una vida regalada en las profundidades del bosque de Sherwood, sin privarse de nada, entreteniéndose con competiciones de tiro y lucha, cazando los venados del rey y regándolos con barriles enteros de cerveza fermentada en octubre.

Floresta: Pequeña extensión poblada de árboles diversos.

No solo Robin, sino toda su banda, eran proscritos que vivían apartados de los demás, y sin embargo eran muy apreciados por los campesinos, pues jamás acudió a Robin un necesitado que se marchara con las manos vacías.

Proscrito:
Desterrado.

Y ahora voy a contaros cómo Robin Hood se convirtió en un fuera de la ley.

Cuando Robin era un muchacho de dieciocho años, de miembros robustos y corazón atrevido, el *sheriff* de

¹ El bosque de Sherwood está próximo al pueblo de Edwinstowe, en Nottinghamshire. Fue declarado reserva natural en 2002.



Nottingham convocó un concurso de tiro, ofreciendo como premio un tonel de cerveza al que demostrara ser el mejor arquero de Nottinghamshire.

—Creo que me presentaré —dijo Robin—. Bien vale la pena tensar el arco por una mirada de los ojos de mi dama y un tonel de buena cerveza de octubre.

Así pues, Robin se levantó, cogió su magnífico arco de tejo y una veintena de flechas de un metro, y salió del pueblo de Locksley en dirección a Nottingham, a través del bosque de Sherwood.

Era el amanecer de un bonito día de mayo, cuando los setos están verdes y las flores engalanan los prados; cuando crecen las margaritas, los narcisos y las primaveras a lo largo del borde de los zarzales; cuando florecen los manzanos y cantan los pájaros, como la alondra madrugadora, el tordo y el cuclillo; cuando los muchachos y las muchachas se miran con pensamientos dulces; cuando las afanosas amas de casa extienden al sol la ropa blanca sobre la hierba brillante. Mientras caminaba por el sendero, admirando la hojarasca verde y parda, entre la que cantaban con todas sus fuerzas los pajarillos, Robin silbaba alegremente, pensando en la bella Marian y en sus ardientes ojos, pues en ocasiones como esta los pensamientos de un joven se dirigen gozosamente hacia la muchacha amada.

Caminando a buen paso y sin dejar de silbar, Robin se encontró de pronto con unos guardabosques sentados a la sombra de un gran roble. Eran quince en total, y estaban celebrando un verdadero banquete, sentados en torno a un enorme pastel de carne, del que cada cual se servía con las manos y regando lo que comían con grandes cuernos de cerveza espumosa que llenaban en un barril colocado junto a ellos. Todos iban vestidos de paño verde² y ofrecían una magnífica estampa, sentados en la hierba bajo la amplia copa del árbol. Uno de ellos, con la boca llena, llamó a Robin:

—¡Hola! ¿Dónde vas, muchacho, con tu arco de un penique y tus flechas de un cuarto de penique?

Tejo: Árbol de tronco corto y grueso, corteza rojiza, copa densa y ancha de forma cónica, y ramas extendidas.

Alondra: Pájaro cantor de plumaje pardo, tiene la cola larga y ahorquillada.

Tordo: Pájaro cantor de pico fino, alas largas y cuerpo esbelto.

Cuclillo: Ave de plumaje gris y cola negra; la hembra pone los huevos en nidos de otras aves para que sus polluelos sean alimentados por ellas.

Penique: Centésima parte de la libra. El penique equivalía a la duodécima parte del chelín.

² El paño verde era el utilizado por los campesinos en sus prendas.



Esto molestó a Robin, pues a ningún mozo le gusta que se burlen de su inexperiencia.

—Debéis saber —dijo Robin— que mi arco y mis flechas valen tanto como los tuyos. Y lo que es más: voy al concurso de tiro de Nottingham, convocado por nuestro buen *sheriff* de Nottinghamshire, donde competiré con otros arqueros, ya que se ha ofrecido como premio un tonel de cerveza.

Entonces uno de los hombres, que sostenía en la mano un cuerno de cerveza, exclamó:

—¡Vaya! ¡Escuchad a este chico! Mira, muchacho, aún llevas en los labios restos de la leche de tu madre, y aquí estás, presumiendo de valer tanto como los hombres de verdad, tú que apenas podrías tensar la cuerda de un arco de guerra.

—Apuesto veinte marcos contra el mejor de vosotros —alardeó Robin— a que le acierto al blanco a sesenta metros, con la ayuda de Nuestra Señora.

Los guardabosques se echaron a reír y uno de ellos dijo:

—¡Muy bien dicho, mocososo, muy bien dicho! Bien sabes tú que no hay por aquí ningún blanco que sirva para mantener tu apuesta.

—Pronto empezará a beber la leche mezclada con cerveza —dijo otro.

Esto acabó por enfurecer a Robin.

—Mirad —dijo—: allí, al extremo del claro, hay una manada de ciervos, a bastante más de sesenta metros de distancia. Os apuesto veinte marcos a que, con ayuda de la Virgen, tumbo desde aquí al macho más grande.

—¡Hecho! —gritó el que había hablado primero—. Aquí están los veinte marcos. Apuesto a que no matas a ningún animal, con o sin la ayuda de Nuestra Señora.

Entonces Robin tomó en las manos su magnífico arco de tejo y, apoyando la punta entre los pies, tendió la cuerda con gran habilidad; luego montó una flecha en la cuerda y, levantando el arco, tiró del extremo emplumado hasta la altura de la oreja; un instante después, la cuerda zumbó y la flecha salió disparada a tra-

Marco: Antigua moneda alemana de plata.



vés del claro como un halcón que se deja empujar por el viento del norte. El ciervo más imponente de la manada dio de pronto un salto y cayó muerto, tiñendo la hierba de rojo con su sangre.

—¡Ja! —exclamó Robin—. ¿Qué te ha parecido ese tiro, amigo? Creo que he ganado la apuesta, y en total asciende a trescientos marcos.

A estas alturas, los guardabosques estaban furiosos, y el más furioso de ellos era el que había hablado primero y perdido la apuesta.

—¡De eso nada! —gritó—. No has ganado la apuesta y más vale que te marches ahora mismo o, por todos los santos del cielo, te voy a apalear las costillas hasta que no puedas volver a andar.

—Puede que no lo sepas —dijo otro—, pero acabas de matar un ciervo del rey, y según las leyes de nuestro gracioso señor y soberano, el rey Enrique, se te deben cortar las orejas a ras de la cabeza.

—¡Cogedlo! —gritó un tercero.

—No, dejadlo marchar —dijo un cuarto—; pensad que no es más que un crío.

Robin Hood no dijo una palabra; se quedó mirando a los guardabosques con expresión fiera y luego dio media vuelta y se alejó de ellos atravesando el claro a grandes zancadas. Pero su corazón estallaba de ira, pues era un joven de sangre ardiente, propensa a hervir.

Más le habría valido al guardabosques que habló primero dejar a Robin en paz; pero él también estaba fuera de sí, porque el jovenzuelo le había derrotado y por los generosos tragos de cerveza que había ingerido. Y de pronto, sin previo aviso, se puso en pie de un salto, cogió su arco y montó una flecha.

—¡Toma! —gritó—. ¡Y que te vaya bien! —y la flecha partió silbando hacia Robin.

Fue una suerte para Robin que al guardabosques le diera vueltas la cabeza a causa de la bebida, pues de lo contrario no habría podido dar un paso más; la flecha pasó silbando a pocos centímetros de su cabeza. Entonces Robin se volvió rápidamente, montó su arco y disparó una flecha a su vez.



—Dijiste que no soy arquero —exclamó—. ¡Pues dilo ahora!

La flecha voló directamente al blanco; el arquero cayó hacia delante con un gemido y quedó tendido con la cara contra el suelo, entre las flechas desparramadas de su aljaba, cuyas plumas grises se iban tiñendo de sangre. Antes de que los demás pudieran salir de su asombro, Robin había desaparecido en las profundidades del bosque. Algunos salieron en su persecución, pero sin mucho entusiasmo, pues todos temían sufrir la misma muerte que su compañero; así que todos acabaron regresando, cargaron con el difunto y lo llevaron a Nottingham.

Aljaba: Caja portátil para flechas, abierta por arriba y con una cuerda o correa con que se colgaba del hombro.

Mientras tanto, Robin Hood corría a través del bosque. Se había esfumado toda su alegría y optimismo, pues se sentía abrumado por la carga de haber matado a un ser humano.

—¡Ay! —sollozaba—. ¡Para demostrarte que soy un arquero he dejado viuda a tu esposa! ¡Ojalá nunca me hubieras dirigido la palabra, ojalá no me hubiera acercado a ti, ojalá se me hubiera roto y desprendido el dedo índice, para que esto no hubiera ocurrido! ¡Me precipité al actuar y ahora me sobraré tiempo para lamentarlo!

Pero a pesar de su dolor, se acordó del viejo dicho: «Lo hecho, hecho está, y un huevo roto no se puede recomponer». Y así fue cómo se quedó a vivir en el bosque, que iba a servirle de hogar durante muchos, muchos años; no volvería a pasar buenos ratos con los muchachos y muchachas de Locksley. Era un forajido, no solo por haber dado muerte a un hombre, sino también por haber matado uno de los ciervos del rey; y se ofrecían por su cabeza doscientas libras, como recompensa al que consiguiera llevarlo ante la justicia del rey.

Libra: Antigua moneda de diferente valor según las épocas.

El *sheriff* de Nottingham juró que sería él quien llevara ante la justicia a aquel bribón de Robin Hood. Tenía para ello dos buenas razones: una, las doscientas libras; otra, que el guardabosques al que había matado Robin Hood era pariente suyo.

Pero Robin se mantuvo oculto en el bosque de Sherwood durante un año, y en ese tiempo se le unieron



Barón: Título nobiliario de más o menos preeminencia según los países.

otros muchos como él, proscritos por una u otra causa. Algunos habían cazado ciervos para saciar el hambre en invierno, cuando no podían encontrar ningún otro alimento, y habían sido descubiertos por los guardabosques, viéndose obligados a huir para salvar sus orejas; a otros les habían arrebatado sus tierras, que pasaron a engrosar las posesiones reales; muchos habían sido despojados por algún noble barón, un rico abad o un poderoso terrateniente...; todos, por una u otra causa, habían llegado a Sherwood huyendo de la injusticia y la opresión.

De este modo, al concluir el año, Robin había congregado a su alrededor a más de cien robustos campesinos, los cuales le eligieron como jefe y juraron que, así como ellos se habían visto robados, robarían a su vez a sus opresores, ya fueran nobles, abades, caballeros o terratenientes, y que a todos ellos les arrebatrían lo que ellos habían robado a los pobres por medio de impuestos injustos, rentas excesivas o multas arbitrarias; sin embargo, ayudarían a los pobres que se encontrasen en apuros o necesidad, y les devolverían lo que les habían quitado injustamente. Además de esto, juraron no hacer daño a ningún niño ni ofender jamás a una mujer, ya fuera doncella, casada o viuda. Y, al cabo de algún tiempo, cuando los habitantes de la zona empezaron a comprobar que Robin y sus bandidos no les harían ningún daño, y que toda familia necesitada podía contar con su ayuda en forma de dinero o de alimentos, comenzaron a sentir un profundo aprecio por Robin y su alegre pandilla, se contaban numerosos relatos de sus hazañas en el bosque de Sherwood, y terminaron considerándolo uno de los suyos.

Una buena mañana, Robin se levantó mientras los pájaros cantaban alegremente entre las hojas de los árboles, e igualmente se levantaron todos sus hombres, que acudieron a lavarse el rostro y las manos en el frío arroyo de aguas pardas que saltaba jugueteando de piedra en piedra.

Entonces Robin habló:



—En catorce días no hemos hecho nada divertido, así que voy a salir en busca de nuevas aventuras. Pero estad atentos aquí en el bosque, porque en cualquier momento podéis oír mi llamada. En caso de apuro, soplaré tres veces mi cuerno; eso significa que tendréis que acudir al galope, porque necesitaré vuestra ayuda.

Y diciendo esto, echó a andar a través del frondoso bosque hasta llegar a los confines de Sherwood. Durante algún tiempo vagó sin rumbo fijo, por caminos y carreteras, por vallecitos cenagosos y siguiendo los bordes del bosque. En un umbroso sendero se cruzó con una moza rubia y rolliza que le saludó alegremente al pasar; más adelante se cruzó con una dama montada a caballo, quitándose el gorro a su paso y recibiendo a cambio una tranquila inclinación de cabeza; vio a un monje gordo montado sobre un asno cargado de alforjas; vio a un gallardo caballero con lanza, escudo y armadura que resplandecían a la luz del sol; vio a un paje vestido de rojo, y vio a un obeso burgués de la vieja Nottingham caminando con aire grave; todo esto vio, pero no encontró ninguna aventura. Por fin, tomó un camino que seguía los bordes del bosque y luego una desviación que llevaba a un arroyo ancho y pedregoso, atravesado por un estrecho puente con un tronco. Al acercarse al puente vio que un desconocido muy alto se aproximaba por el otro lado. Al advertirlo, Robin aceleró el paso y el desconocido hizo lo mismo, ambos con la intención de llegar antes y cruzar el primero.

—Echaos atrás —dijo Robin— y dejad que el mejor hombre cruce primero.

—De eso, nada —respondió el desconocido—. Echaos atrás vos, pues el mejor de los dos soy yo.

—Eso lo veremos —dijo Robin—. Y mientras tanto, quedaos donde estáis, o, por el halo radiante de santa Elfrida, os demostraré cómo las gastamos en Nottingham y os meteré una flecha entre las costillas.

—Mirad que os puedo tundir el pellejo hasta dejarlo de tantos colores como la capa de un mendigo si os atrevéis tan solo a tocar la cuerda de ese arco que tenéis en las manos —replicó el desconocido.

Cenagoso:
Que está lleno de cieno o lodo.

Umbroso: Que está en sombra.

Burgués: Natural o habitante de un burgo o población medieval.

Tundir: Golpear duramente a alguien.



—Habláis como un asno —dijo Robin—. Podría meteros una flecha en vuestro arrogante corazón en menos tiempo del que necesita un fraile para bendecir un pato asado en San Miguel.

—Y vos habláis como un cobarde, apuntándome al corazón con vuestro arco desde una distancia segura, mientras yo no llevo más que un bastón para defenderme.

—¡Por la fe de mi alma, que nunca en mi vida me han llamado cobarde! —exclamó Robin—. Voy a dejar en el suelo mi arco y mis flechas y, si os atrevéis a dejarme acercar, cogeré yo un palo y pondré a prueba vuestra hombría.

—¡Oh, ya lo creo, os dejaré acercar de buena gana! —dijo el desconocido, apoyándose en su bastón en posición de espera.

Entonces Robin Hood se acercó rápidamente al borde del camino y cortó una magnífica rama de encina, recta y sin defectos, de un metro ochenta de longitud, y regresó al puente cortando las ramillas laterales, mientras el desconocido aguardaba apoyado en su bastón, silbando y mirando a su alrededor. Robin le observó furtivamente mientras recortaba su rama, midiéndolo de pies a cabeza con el rabillo del ojo, y llegó a la conclusión de que nunca había visto un hombre tan fuerte y corpulento. Robin era alto, pero el desconocido le sacaba la cabeza y el cuello, pues debía medir más de dos metros. Robin era ancho de espaldas, pero el desconocido le superaba en más de dos palmos de anchura, y su pecho era como un tonel.

—A pesar de todo —dijo Robin para sus adentros—, me voy a dar el gusto de zurrarte la badana, amigo mío —y luego añadió en voz alta—: Aquí está mi bastón, fuerte y duro. Y ahora esperad ahí, si os atrevéis y no tenéis miedo; lucharemos hasta que uno de los dos caiga al arroyo por efecto de los golpes.

—¡Me parece una idea espléndida! —gritó el desconocido, levantando el bastón sobre la cabeza y haciéndolo girar entre los dedos hasta hacerlo silbar.

Ni siquiera los caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo participaron jamás en un combate como el de aquellos dos. Robin saltó ágilmente sobre el puen-

Encina: Árbol de tronco fuerte y grueso, copa grande, redonda y apretada, corteza gris y lisa, hojas perennes y alternas con el margen dentado, y cuyo fruto es una bellota.

Zurrar la badana:
Dar una paliza.



te donde le aguardaba su adversario; hizo una finta y a continuación dirigió un golpe a la cabeza del desconocido que, de haber alcanzado su objetivo, le habría arrojado dando tumbos al agua; pero el desconocido se desvió con igual destreza. Allí permanecieron, cada uno en su sitio, sin retroceder ni un dedo, durante toda una hora, dando y recibiendo golpes todo el tiempo, hasta que ambos quedaron cubiertos de chichones y cardenales, a pesar de lo cual ninguno pensó en decir «basta» ni parecía dispuesto a dejarse derribar del puente. De vez en cuando se detenían para descansar, y los dos pensaban para sí mismos que nunca en su vida se habían topado con un individuo tan hábil en el manejo del bastón.

Finta: Ademán o amago que se hace con intención de engañar.

Por fin Robin colocó un golpe en las costillas de su rival que levantó de su casaca tanta polvareda como si hubiera apaleado un pajar. Tan fuerte fue el golpe que el desconocido estuvo a un pelo de caer al agua, pero se recuperó inmediatamente y, con un hábil movimiento, le aplicó a Robin un golpe en el cráneo que hizo brotar la sangre. Esto acabó de enfurecer a Robin, que golpeó con todas sus fuerzas; pero el otro desvió el golpe y una vez más contraatacó, esta vez con tanto acierto que Robin cayó de cabeza al agua, como un bolo derribado.

Casaca: Abrigo ajustado al cuerpo.

—¿Dónde te deja eso, amigo? —gritó el desconocido, rugiendo de risa.

—Con el agua al cuello y flotando con la marea —respondió Robin, que tampoco pudo evitar reírse ante su lamentable situación. Luego, se puso en pie y vadeó hasta la orilla, mientras los pececillos huían en todas direcciones, asustados por su intrusión.

Vadear: Pasar un río u otra corriente de agua profunda por el vado o por cualquier otro sitio donde se pueda hacer pie.

—Dadme la mano —pidió al llegar a la orilla—. Debo reconocer que sois un tipo fuerte y valeroso, que sabe cómo luchar con un palo. Entre unas cosas y otras, la cabeza me zumba como una colmena de abejas en pleno mes de junio.

Luego se llevó el cuerno a los labios y soltó un trompetazo que resonó por todos los senderos del bosque, añadiendo a continuación:



—Caramba, sois un tipo grande y valiente; no existe de aquí a Canterbury³ un hombre capaz de hacer lo que vos me habéis hecho.

—Y vos —dijo el desconocido, riendo— peleáis como un hombre de corazón noble.

En aquel momento las ramas se agitaron y de pronto surgió del bosque un numeroso grupo de robustos campesinos, todos vestidos de lana verde, con el leal Will Stutely a la cabeza.

—¿Qué ha pasado, jefe? —exclamó Will—. Estás mojado de pies a cabeza y calado hasta los huesos.

—Poca cosa —respondió alegremente Robin—. Este muchachote me ha tirado de cabeza al agua, además de darme una buena paliza.

—Entonces no se librá de recibir él mismo un chapuzón, con su correspondiente paliza —gritó Will—. ¡A por él, muchachos!

Will y otros proscritos saltaron sobre el desconocido, pero a pesar de su rapidez lo encontraron en guardia y repartiendo bastonazos a diestro y siniestro, de manera que, aunque al final lograron reducirle por la fuerza del número, muchos de ellos quedaron en el suelo, frotándose las doloridas cabezas.

—¡Quietos! —gritó Robin, riéndose tan fuerte que le dolieron sus maltrechas costillas—. Es un buen hombre y un tipo honrado y no se le hará ningún daño. Ahora escucha, valiente joven: ¿quieres quedarte conmigo y ser de mi banda? Tendrás tres trajes de paño de Lincoln al año, más cuarenta marcos de salario, y compartirás con nosotros lo que la suerte nos depare. Comerás delicioso venado y beberás cerveza de la más fuerte, y serás mi mano derecha, porque nunca en mi vida he conocido mejor luchador de bastón. ¡Habla! ¿Quieres ser uno de mis valientes?

—No lo sé —respondió el desconocido con mal humor, pues no le había gustado verse atacado—. Si no sois mejores con el arco y las flechas que con el bastón, no creo que valgáis gran cosa, al menos en mi tierra.

³ Ciudad del sudeste de Inglaterra, a unos 70 km de Londres.



Pero si hubiera entre vosotros un hombre capaz de ganarme con el arco, podría pensar en unirme a vosotros.

—A fe mía que sois insolente, señor —dijo Robin—. No obstante, os daré una oportunidad que no le he dado a nadie. Amigo Stutely, corta un trozo de corteza blanca de cuatro dedos de ancho y colócala en aquel roble, a ochenta metros de distancia. Ahora, forastero, acertad en la corteza con una flecha y podréis consideraros arquero.

—No os quepa duda de que lo haré —aceptó el desconocido—. Dadme un buen arco y una buena flecha, y si no lo acierto podéis desnudarme y azotarme con vuestros arcos hasta que me ponga azul.

El hercúleo forastero escogió el arco más robusto de todos, con excepción del de Robin, y una pluma recta y emplumada con plumas de ganso gris; apuntó hacia el blanco mientras toda la banda le miraba, sentados o tendidos sobre la hierba, tiró de la cuerda hasta la mejilla y dejó partir la flecha con tal puntería que atravesó el blanco por el mismo centro.

—¡Ajá! Mejora eso si puedes —exclamó, mientras los propios proscritos aplaudían admirados.

—Un buen tiro, en verdad —dijo Robin—. Mejorarlo no puedo, pero desbaratarlo quizá pueda.

Entonces, tomando su propio arco y montando con gran cuidado una flecha, disparó con toda su puntería. La flecha salió volando y, aunque parezca increíble, acertó de lleno en la flecha del desconocido, rompiéndola en astillas. Todos los bandoleros se pusieron en pie y vitorearon entusiasmados a su jefe.

—¡Por el arco de tejo de san Suspenso! —exclamó el desconocido—. ¡Eso es disparar! ¡Jamás en mi vida vi algo semejante! Puedes contar conmigo a partir de ahora. El bueno de Adam Bell⁴ era buen arquero, pero jamás llegó a tirar así.

—Entonces hoy he ganado un buen hombre —dijo Robin alegremente—. ¿Cómo te llamas, amigo?

⁴ Adam Bell, Clym of the Clough y William of Cloudesley eran tres célebres arqueros cuyos nombres aparecen en muchas baladas y romances antiguos.



—La gente de donde vengo me llamaba John Pequeño —respondió el desconocido.

Entonces Will Stutely, que era muy amigo de hacer chistes, tomó la palabra.

—Nada de eso, querido forastero —dijo—. No me gusta tu nombre y preferiría cambiártelo. Eres pequeño, de huesos pequeños y miembros pequeños, y por lo tanto te bautizaremos como Pequeño John; y yo seré tu padrino.

Robin Hood y toda su banda se echaron a reír hasta que el forastero empezó a irritarse.

—¿Te burlas de mí? —le dijo a Will Stutely—. Te vas a encontrar con los huesos molidos, y antes de lo que te esperas.

—No, amigo —intervino Robin Hood—. Guárdate la ira, porque el nombre te cuadra bien. De aquí en adelante te llamarás Pequeño John, y nada más que Pequeño John. Venid, muchachos, vamos a preparar la fiesta de bautizo para este tierno infante.

Así pues, dando la espalda al arroyo, se internaron en el bosque y caminaron hasta llegar al lugar donde vivían, en la profundidad de la espesura. Allí habían construido cabañas de troncos y corteza, y camas de juncos cubiertas con pieles de gamo. Allí se alzaba un gigantesco roble cuyas ramas se extendían en todas direcciones, y bajo el cual había un asiento de musgo en que solía sentarse Robin Hood durante las fiestas y jolgorios, rodeado por sus hombres. Allí encontraron al resto de los miembros de la banda, algunos de los cuales llegaban acarreado ciervas bien engordadas. Encendieron grandes hogueras y al poco tiempo las ciervas se estaban asando y se había abierto un barril de espumosa cerveza. Cuando todo estuvo listo para la fiesta, todos se sentaron y Robin situó al Pequeño John a su derecha, pues a partir de entonces iba a ser su segundo en el mando.

Al concluir el banquete, Will Stutely volvió a hablar.

—Ha llegado el momento, amigos míos, de bautizar a nuestra hermosa criatura. ¿No es así, muchacho?

—¡Sí, sí! —gritaron todos, riendo hasta que sus carcajadas resonaron por todo el bosque.



—Necesitaremos siete padrinos —añadió Will Stutely, escogiendo a continuación a los siete hombres más robustos de toda la banda.

—Os advierto, por san Rigoberto —exclamó el Pequeño John, poniéndose de pie de un salto—, que más de uno lo lamentará si me ponéis un dedo encima.

Pero, sin decir una palabra, todos se lanzaron sobre él a la vez, cogiéndole de los brazos y las piernas y manteniéndolo sujeto a pesar de sus tremendos esfuerzos, mientras toda la banda se ponía en pie para contemplar el espectáculo. Entonces se adelantó uno, al que habían elegido para que hiciera de sacerdote porque tenía la coronilla calva, llevando en la mano una jarra de cerveza rebosante de espuma.

—¿Quién presenta a este niño? —preguntó muy serio.

—Yo lo presento —respondió Will Stutely.

—¿Y qué nombre vas a imponerle?

—Le impongo el nombre de Pequeño John.

—Escucha, Pequeño John —dijo el sacerdote—. Hasta ahora no has vivido, tan solo te has dejado arrastrar por el mundo, pero a partir de ahora vivirás de verdad. Cuando no vivías, te llamabas John Pequeño, pero ahora que vives, te llamarás Pequeño John, y con este nombre te bautizo —y al pronunciar estas últimas palabras vació la jarra de cerveza sobre la cabeza del Pequeño John.

Todos gritaron de júbilo al ver la oscura cerveza chorreando por la barba del Pequeño John y goteando por su nariz, mientras sus ojos parpadeaban furiosamente por el picor. Al principio pensó en enfadarse, pero le resultó imposible al ver a los otros tan alegres y acabó echándose a reír con los demás. Entonces Robin se llevó a la dulce criatura, la vistió de pies a cabeza de lana verde de Lincoln, y le entregó un magnífico arco, con lo que pasó oficialmente a ser miembro de la banda.

Así fue cómo Robin Hood se convirtió en un proscrito; así se reunió a su alrededor la banda de alegres juerguistas, y así conoció a su mano derecha, el Pequeño John; y así termina este prólogo. Ahora os contaré cómo el *sheriff* de Nottingham intentó tres veces capturar a Robin Hood, y cómo fracasó las tres veces.

Índice

Presentación: HOWARD PYLE	5
PREFACIO: <i>Del autor al lector</i>	7
Prólogo	9

PRIMERA PARTE

I. Robin Hood y el hojalatero	23
II. El concurso de tiro de Nottingham	37
III. El rescate de Will Stutely	49

SEGUNDA PARTE

I. Robin Hood se hace carnicero	63
II. La aventura del Pequeño John en la feria de Nottingham	76
III. Las correrías del Pequeño John en la casa del <i>sheriff</i>	84

TERCERA PARTE

I. El Pequeño John y el curtidor de Blyth	99
II. Robin Hood y Will Escarlata	111
III. La aventura del encuentro con Mosquito el Molinero ...	123

CUARTA PARTE

I. Robin Hood y Allan de Dale	141
II. Robin va en busca del fraile de la Fuente	157
III. Cómo Robin Hood organizó la boda de dos jóvenes enamorados	176

QUINTA PARTE

- I. Robin Hood ayuda a un caballero en apuros 189
- II. Cómo pagó sir Richard de Lea su deuda 208

SEXTA PARTE

- I. El Pequeño John se hace fraile descalzo 227
- II. Robin Hood se hace mendigo 245

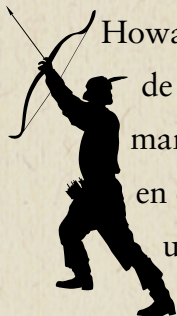
SÉPTIMA PARTE

- I. Robin y tres de sus hombres tiran ante la reina Leonor
en el campo de Finsbury 267
- II. La persecución de Robin Hood 289

OCTAVA PARTE

- I. Robin Hood y Guy de Gisbourne 311
 - II. El rey Ricardo acude al bosque de Sherwood 332
- EPÍLOGO 353
- APÉNDICE: *Donde caiga la flecha* 365

Las alegres aventuras de Robin Hood



Howard Pyle narra los principales episodios de las andanzas de Robin Hood en el marco de una Inglaterra idealizada. La vida en el bosque de Sherwood se muestra como una existencia libre y feliz en un entorno paradisíaco, donde Robin y su banda de forajidos viven al margen de la ley, imponiendo su propio sentido de la justicia. Pero el Robin de los Bosques de Pyle no es tanto el bandido generoso y rebelde, cuanto un ladrón simpático, astuto, pendenciero y algo fanfarrón, dispuesto a reparar injusticias siempre que ello le reporte diversión y ganancias. Un libro entretenido que hará las delicias de cualquier lector.



www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-3359-9



9 788469 833599

1566084



ANAYA